

Siguiendo con la lectura encontramos un texto de Pasquale Incoronato reforzando las opiniones del autor, en el que relata los buenos resultados obtenidos con la terapia Ki-Aikido utilizada en el tratamiento de ayuda a quince pacientes distónicos y minusválidos físicos y psíquicos, a los que enseñaron a realizar ejercicios ki sentados en sillas de ruedas en un dojo de Florencia. Abundando en el tema afirma que este método sirve también para reeducar a personas conflictivas (drogodependientes), y para la mejora de las actuaciones de músicos y artistas a los que enseña la importancia de la postura, la respiración y la relajación, y por extensión a todos los deportistas, trabajadores, directivos, etc. no faltando un ramillete de consejos repartidos en cinco recomendaciones a directivos, cinco para hablar en público, cinco para el trabajo en la oficina, cinco para vender, cinco para la vida positiva, y cinco para la vida cotidiana, que todos ellos considerados con objetividad, no son más que indicaciones de sentido común.

Cierra el libro con un apéndice en el que encontramos, la descripción detallada de treinta tai-gi, una tabla de ejercicios ki-taiso y unas páginas con las direcciones de los dojos afiliados a la escuela Ki

No Kenkyukai en Europa y Sudáfrica.

Concluyendo, el autor pretende, a lo largo de todas las páginas de esta obra, guiar al adepto a entrar en el estado psicósomático ideal para la práctica de un aikido fluido, basado en el uso del ki, o para la realización de cualquier tarea en la vida ordinaria, siguiendo las pautas de su método. No obstante, no logra explicar con suficiente claridad qué es realmente el ki, aunque el lector que siga al detalle las numerosísimas “recomendaciones” expuestas para cada ejercicio seguramente se hará más sensible o consciente de las sensaciones propioceptivas desencadenadas cuando el cuerpo realiza algún movimiento o actividad, resultado por el que posiblemente ya merezca la pena leer detenidamente este libro.



Samurái: el código del guerrero

Por Louis-Vincent Thomas y Tommy Ito
Madrid: Paraninfo, 2008.
205 páginas. 24x16 cm.
Ilustraciones.
I.S.B.N.: 978-84-283-2961-3 • 22 €.

Disponible en:
Ediciones Paraninfo.
Avda. Filipinas, 50, Bajo,
puerta A.
28003 Madrid (España).
Telf.: +34 902 995 240.

Fax: +34 91 445 62 18.
Email: info@paraninfo.es.
http://www.paraninfo.es.

Revisión por Pablo Pereda González.

Recibida 12/10/2009 -
Aceptada 30/11/2009

Mucho y variado se ha escrito sobre la figura del samurái, el mítico guerrero japonés, pero recoger en una publicación, de esmerada estética, textos concretos y sin artificios junto a fotografías y litografías de su época dorada supone toda una gran aventura de estética literaria. No solamente en cuanto al aspecto literario y documental, sino al libro que lo contiene. Y digo que supone una aventura porque es fácil caer en lo chabacano, cosa que en esta ocasión no ocurre.

De entrada *Samurai*, con subtítulo *El Código del Guerrero*, cuya autoría corresponde a Louis-Vincent Thomas y Tommy Ito y en la exquisita edición de Paraninfo, consigue de pleno que la obra entre por los ojos. El tacto exquisito de unas cubierta de cartóné imitando, con tanta perfección, un libro añejo y desgastado, las hojas apergaminadas a las que solo les falta oler a viejo, recogiendo preciosa y cuidadas imágenes del pasado, y el poder de las letras doradas de su portada contribuyen a que esta obra haya al-

canzado su primer objetivo: “entrar por los ojos”.

Pero la obra no alcanzaría auténtico valor y solo quedaría en artificio externo si su contenido no fuese atrayente, que ciertamente lo es. Conforman la obra doscientas cinco páginas repartidas en un índice, protegido por la figura de un imponente samurái en la hoja par. Una introducción que no va firmada, por lo que se supone fruto de los autores –que, por cierto no ha sido posible conocer su procedencia ya que ni tan siquiera en el libro se ofrecen detalles de los mismos-. Siguiendo con una cronología y cinco capítulos a saber: “Auge y caída de los Samuráis”, “La vida diaria del Samurái”, “Armadura e indumentaria”, “Armamento Samurái” y “Tiempos de Guerra”. La obra se cierra con un epílogo y un glosario con el significado de las palabras que pudiera suscitar problemas al lector.

Llama la atención que nada más abrir el libro el lector se topa con una frase lapidaria atribuida a Daidoji Yuzan, consejero militar del siglo XVI que dice: “Quien sea Samurai debe tener siempre en mente, día y noche, por encima de todo... que debe morir”.

Son muchos los escritores, no precisamente de corte oriental, que utilizan el “debe morir”. Tal expresión no suele estar bien

empleada porque, si bien es cierto que todos moriremos, ninguno de nosotros lleva dentro el deber de morir. Por el contrario, el morir es una circunstancia, muy cierta, pero que no entraña ningún deber. Quiero decir esto porque el samurái era un soldado de élite, y como tal, la propia definición de soldado así lo señala, es alguien preparado para la milicia y por tanto tiene el “deber de morir”. Así lo entendió el General Millan Astray, creador de la legión, cuando comenta el *Bushido* de Inazo Nitobe, por este motivo lo cito aquí¹. Millan Astray supo entender bien este “deber de morir” para crear aquello de “los novios de la muerte” en referencia a la legión. Hecha esta salvedad, comentar que en el libro precisamente se describe y especifica el código de honor y comportamiento del guerrero: *El Bushido*.

De entrada el lector ya conoce que la vida para el samurái no suponía obstáculo alguno para alcanzar sus metas, que no eran otras que la entrega hacia su señor en cuantas contiendas tuviese que medirse. A este propósito el libro habla, en el segundo capítulo, de la vida a través de la muerte; más adelante del *seppuku*, *harakiri* o suicidio ritual. Algo quizá menos conocido es el *junshi* o suicidio acometido tras la muerte del

maestro y/o señor. Pero no solo se procedía al *seppuku* en estas circunstancias, sino también cuando, por ejemplo, alguien era sorprendido manteniendo relaciones con la mujer de otro hombre.

La obra también nos descubre que la historia del guerrero japonés es mucho más antigua de lo que la gente puede creer, y de hecho así se explica en el capítulo primero, detallando que se han encontrado tumbas de grandes guerreros enterrados con sus mejores armaduras y espadas, incluso con espejos, datadas de los siglos IV y V.

La lectura, en suma, es amena. Nos introduce en hechos y detalles que, por desconocidos, e inclusive crueles, causan sorpresa, como las costumbres de los jóvenes aprendices de samurái que comenzaban la práctica guerrera con tan sólo tres años de edad. Y es que ya, desde su nacimiento, habían sido tocados por el sacerdote, o en su ausencia por el propio padre. Digo “tocados” porque precisamente lo que se hacía para que fuesen excepcionales y acaparasen mucho poder era precisamente tocarles una cuerda –se supone de algún instrumento ritual– para que con su sonido se ahuyentasen los malos espíritus.

Los entrenamientos se llevaban a cabo con espa-

das de madera o “*bokken*”, para pasar ya más adelante a las auténticas espadas. Recibían la primera –*wakizashi*– a los trece años, aunque también les estaba permitido utilizar la *katana* –más larga– si bien se mantenía sellada con un cordel para evitar que se desenvainara. Estos “niños adultos” practicaban el arte del *desenvaine* conocido como *iai* ejecutando criminales –esta calificación japonesa de criminales era muy genérica, puesto que también se ejecutó así a los jesuitas que acudieron a Japón para evangelizar; incluso aplicándoles torturas muchos más terribles, como relata el Dr. Juan Antonio Vallejo Nájera en su obra *Mishima o el placer de morir*²–.

Las mujeres samurái, que también las había, aprendían el manejo de armas, aunque se dedicaban a cuidar las haciendas del marido. Fue famosa la mujer samurái *Tooe Gozen*, que vivió y luchó en la Guerra de Gempei, decapitando al jefe enemigo para entregar, posteriormente, la cabeza a su marido.

El entrenamiento a caballo y con el *yumi* –arco japonés– era indispensable para la guerra. Paradójico es el hecho de que los sacerdotes recomendasen a los jinetes la utilización de flechas acolchadas por si dañaban algún animal en sus entrenamientos. Y digo paradójico porque esto

contrasta con la permisividad de los mismos sacerdotes para ejecutar seres humanos para probar la destreza en el corte.

De lo que no cabe duda es que al lector le impresionará la violencia y aparente salvajismo de muchas de las costumbres samuráis, destacando sobremanera el macabro apartado dedicado a la decapitación y posterior ornamentación de las cabezas –generalmente de los enemigos de guerra– para decoración y exhibición al modo de trofeos. Costumbre, por otra parte, seguida en Filipinas y ciertas zonas de África. Aunque los *jibaros* son los que más fama han atesorado en este asunto, a tenor de lo que se desprende del libro los samuráis no andaban a la zaga. Unas costumbres y unos hechos tan violentos que sólo pueden ser contemplados y entendidos desde las atrocidades que cualquier guerra produce y por supuesto desde la antropología cultural. A estas alturas de mi comentario ya entenderá el lector la importancia de la frase con la que comienza el libro: “Quien sea *Samurai* debe tener siempre en mente, día y noche, por encima de todo... que debe morir”. Por supuesto la vida para los samuráis, al menos teóricamente, se situaba en un segundo plano y así se entenderán muchas de las acciones que se pueden leer en el

libro y que por supuesto no siempre eran compartidas por el resto de la población, aunque por temor callaban.

En el libro no podían faltar referencias a los samuráis más emblemáticos: Ashikaga Takauji (1305-1358), Baba Nobufusa (1514-1575), Hattori Hanzo (1541-1560), y el más conocido de todos, sin duda por romper muchos de los estereotipos que hasta ese momento poseía el samurái: Miyamoto Musashi (1584-1645).

Es curioso comprobar que en los momentos de paz y/ocio los samuráis se entregaban a visitar tabernas y a frecuentar prostitutas; de hecho ya dice el libro que “existían muchos establecimientos de este tipo donde se bebían bebidas fuertes y se pagaba a prostitutas”, contraviniendo una de las máximas referentes al comer y al beber: que había que hacerse frugalmente. En esto en nada se diferencian del comportamiento de las tropas de cualquier país y etnia, si bien en el mundo del samurái las cosas aparentan ser diferentes en cuanto a su percepción por el hecho de su exotismo.

Ya señalo que el libro es muy entretenido y aporta datos muy poéticos como la historia de “Los cuarenta y siete Ronin de Ako”, así como otros muy curiosos sobre la vestimenta del samurái, su respeto por los

antepasados y sus creencias religiosas basadas en las cinco religiones que conformaron su carácter. Sorprende conocer cómo objetos, que aparentemente servían como adorno –tal es el caso del abanico, tessen– fuese utilizado como arma mortífera, ya que en las visitas de cortesía las espadas debían quedar fuera de los recintos. Como tampoco estaba bien visto enfrentarse a un plebeyo con la katana, en ocasiones utilizaban este útil. Más curioso si cabe es el sakuachi o flauta que se utilizaba para las oraciones, y que en caso de necesidad servía como una auténtica porra, letal por cierto. El kansashi u horquilla de pelo utilizada indistintamente por la mujer poseía un cariz mortal si se utilizaban como daga. El samurái disponía de armas para no derramar sangre –esto no podía hacerse en palacio– y para tal menester la utilización del manrikigusari o cadena de 60-90 cm utilizada para desarmar espadas o lanzas y reducir al enemigo enrollándolo con la cadena. Se atribuye su descubrimiento a un samurái llamado Masaka Dannoshin Toshimitsu en el siglo XVIII, si bien pudo estar influenciado por las técnicas de los labradores de Okinawa, que se defendían de los enemigos a caballo con unas armas de emergencia, consistentes en dos kamas –hojas

de hoz– unidas por una cadena. Un extremo podía prenderse con fuego y de ese modo asustaban a los caballos, infringiéndoles serias lesiones con las afiladas hojas que acababan con el jinete en el suelo y que posteriormente, en el mejor de los casos para él, lo reducían con la cadena.

Las guerras, sus técnicas, la utilización de flechas especiales para que al intentar su extracción produjesen la mayor cantidad de daño posible, o bien las utilizadas para señalar junto con el ruido de los “gong y castañuelas”, se describen perfectamente. Las tácticas para atacar castillos, los emblemas y estandartes van dando fin a este buen libro, junto al declive del samurái. Un declive que estaría influenciado por la llegada de las armas de fuego y los cañones, que fueron desplazando definitivamente a las katanas y los arcos relegándolos al recuerdo y a la práctica deportiva y/o espiritual.

Atrás quedan esos remedios singulares para no morir por las heridas de batallas: excrementos de caballo para las heridas y, como bebida, esos mismos excrementos mezclados con agua. Como al herido aquello no le pareciese demasiado oportuno, cuentan las crónicas que Amari Tozo, para dar ejemplo al guerrero herido, bebió un poco él mismo. Como el

libro concluye con esto que comento, además de las técnicas para la conservación de las cabezas, y esto pudiera dejar mal sabor de boca en el lector, se nos ofrecen antes de pasar al glosario una colección a toda página de cuatro bellas laminas sin duda de gran valor estético.

Y esto es todo. Un libro de colección que sin duda va a gustar a todo aquel que se acerque a su lectura y que explora las mentes de unos hombres que creían en un sueño; sin duda su sueño de libertad al que se entregaron, como diría Levi-Strauss, con el corazón y las entrañas. Un sueño que los mantendrá vivos para la eternidad porque siempre habrá alguien que recuerde su historia. Una historia de poder que supo hacer de la muerte un canto a la libertad como nadie logró jamás.

NOTAS

¹ Nitobe, Inazo (1941). *El Bushido: el alma del Japón*. Madrid: Gráficas Ibarra.

² Vallejo Nájera, Juan Antonio (1978). *Mishima o el placer de morir*. Madrid: Planeta.



Taekwondo junior.
Guía para conocer este arte marcial
Por Josetxo Sagarra
Barcelona: Alas, 2009.